



O´HIGGINS EN EL EXILIO

Diciembre de 2003

Conferencia pronunciada en el R I I “Patricios”

por el Sr. Cap. Frag. Horacio Salduna

Invitación del Instituto O´Higginiano de la Rca. Argentina

Mucho se ha escrito y seguramente se escribirá, sobre los años gloriosos del General Bernardo O´Higgins, que abarcan su actuación decisiva en las luchas por la independencia de Chile y del Perú.

Poco es, en cambio, lo que se ha divulgado sobre sus años de exilio, donde murió y que aquellos abarcan un lapso igual al anterior.

Veinte años estuvo O´Higgins en Chile luchando por la independencia o ejerciendo el gobierno de su país, desde su regreso de sus estudios en Europa, en 1802. Y veinte años estuvo en el Perú, desde 1823, cuando es derrocado por un movimiento revolucionario encabezado por el general Freire, hasta 1842 en que fallece en Lima.

Estas palabras tienen por objeto mostrar a un O´Higgins menos conocido. El O´Higgins del exilio donde, sin desfallecer, a pesar de los infortunios, mantuvo su fervor revolucionario y libertario, como trataremos de mostrar.

Lograda la independencia de Chile, O´Higgins se preocupó por la del Perú, centro del poder español en América. No escatimó sacrificio alguno para llevar a cabo la expedición marítima que llevaría a los ejércitos de Chile y de Argentina a redimir a los habitantes de las tierras de los Incas.

Un golpe de Estado lo desalojó del poder en Chile, luego de ejercerlo durante más de seis años, con la consiguiente acumulación de errores, odios, rencores y envidias, cuando no de intereses afectados, como señala el historiador chileno Francisco Frías.

El descontento creciente por la nueva Constitución, así como el serio desprestigio del Ministro de Hacienda, José Antonio Rodríguez Aldea, produjeron el levantamiento del general Freire y provocaron el alejamiento de O'Higgins de Chile.

A pesar de las sabias disposiciones de la Constitución de Venezuela, también Bolívar sufriría parecidas consecuencias.

O'Higgins pudo haberse resistido, ya que contaba con suficientes fuerzas militares adictas, pero prefirió evitar mayores males a su Patria y eligió su voluntaria expatriación.

Mientras esperaba en Valparaíso el momento de embarcarse, recibió una carta de Bolívar en la cual insistía en su proyecto de Federación Americana.

“Me lisonjeo -le decía Bolívar- que el señor Mosquera, nuestro enviado, habrá tenido la honra de presentar a V.E. nuestras miras de unidad americana”.

A ello contesta O'Higgins, desde Valparaíso, con fecha 10 de abril de 1823:

“Yo he adherido gustoso a tan grande idea y me honraré siempre de haber concurrido, al menos con mis deseos, a que se levante y enseñoree en la América tan majestuoso edificio”.

O'Higgins recibió la nota de Bolívar cuando ya no estaba a cargo del gobierno de Chile y se encontraba en Valparaíso, esperando poder embarcarse rumbo a Europa.

En la misma nota de respuesta le expresa a Bolívar estas conmovedoras palabras:

“No me es dado ya tomar más parte. Un pago igual al que recibieron de sus Repúblicas Aníbal y Scipion, me ha separado del mando. Nada me ha afectado, sino el modo, porque yo deseaba descargarme de él. Mi vida ha sido más gustosa en el campo del honor; mi corazón no es amasado para mecerse en la política insidiosa con que puede sostenerse un Estado enfermó de envidia, de partidos y facciones. En mi poca o ninguna política y en mi experiencia, hallo que nuestros pueblos no serán felices, sino obligándolos a serlo, pero yo aborrezco tanto la coacción, que ni aún la felicidad gusto dar por medio de ella”.

“Aun estoy incierto del punto en que fije mi residencia; pero sea cual fuere, allí mantendré desenvainada mi espada contra los enemigos de la independencia: allí admiraré a V.E.; allí recordaré el honor de su grata correspondencia y de allí tributaré a V.E. el respetuoso homenaje con que soy de V.E., su afectísimo obediente servidor,”

Bernardo O'Higgins

O'Higgins terminaba en forma penosa su patriótica lucha por la libertad y, simultáneamente, en esos mismos días San Martín, en igual forma, abandonaba el Perú dando por terminada también su gestión libertadora. Al pasar por Chile, enfermo y apesadumbrado, San Martín es informado de que los mismos que acusaban a O'Higgins de falta de honradez en el manejo de los fondos públicos, le hacían a él iguales imputaciones respecto a su gobierno en el Perú y a punto estuvo de ser detenido junto con su compañero de glorias.

Iguales destinos en los mismos momentos.

Se entabla entre ambos próceres una correspondencia epistolar que demuestra la profunda amistad que los unía.

“Recibí sus parabienes por mi separación del gobierno, escribe O’Higgins a San Martín, como una prueba de su amistad y del más grande don de la providencia. ¡Después de tantos años de lucha, descanso! No puedo contar con otros fondos que los de la hacienda del Perú (Montalbán) que debo a su generosidad”.

Estando en Valparaíso, a punto de embarcarse, O’Higgins conoció las serias acusaciones que se hacían respecto a su honradez durante su gestión de gobierno. Solicitó entonces se le hiciese un juicio de residencia y postergó su zarpada, hasta tanto éste se resolviera, lo cual demandó cinco meses de espera.

Al conocer estos penosos sucesos San Martín, desde Mendoza, ya retirado en su chacra, escribe a O’Higgins a Valparaíso:

“Yo no puedo, ni podré jamás, dar ascenso a tal procedimiento, porque no cabe en mi imaginación que un bravo militar use de conducta tal. Cuanto valgo, todo lo que poseo, mi chacra en ésta, ya que está habitable con alguna comodidad, están a su disposición, véngase amigo y apártese para siempre de poder hacer ingratos”.

A pesar de la situación política contraria al héroe de Rancagua, el juicio determinó que nada había reprochable en la conducta de O’Higgins como gobernante, elogiando sus virtudes y sus conquistas.

El Senado, ante las resoluciones del juicio, expresó:

“El nombre de O’Higgins está unido a las Glorias de la Patria”.

Resolvió, además, acordar al general Freire el permiso para conceder la licencia que solicitaba O’Higgins para viajar al extranjero, haciéndole una sugestiva recomendación:

“El Senado no puede dejar de encargarse a V.E. que la licencia que se le conceda para salir esté concebida en los términos más honoríficos”.

Antes de partir de Valparaíso, O’Higgins tiene la grandeza de escribir una carta al General Ramón Freire, jefe del movimiento militar que provocó su derrocamiento, a fin de desearle el mayor de los éxitos al frente del gobierno de Chile.

O’Higgins zarpó de Valparaíso en julio de 1823, a bordo de la corbeta británica “Flay”, acompañado de su madre, doña Isabel Riquelme, de su hermana Rosita y de un gran dolor.

Permaneció en cubierta un largo tiempo observando la tierra que dejaba libre y que jamás volvería a ver.

Luego de siete días de viaje, la corbeta llegó frente al Callao.

A los cuarenta y cinco años de edad, luego de catorce años de lucha por la libertad de su patria y de seis de gobernarla, O'Higgins marchaba al ostracismo en la más estrecha pobreza. Todo lo había donado, le había sido arrebatado o destruido en medio de la guerra y lo poco que le quedaba debió venderlo, para poder costear su viaje.

Sólo le quedaba una propiedad: la hacienda de Montalván, al sur de Lima, donde se refugió durante su prolongado exilio en Perú.

Para orgullo y contento de los argentinos, esta única propiedad que le quedaba a O'Higgins se la había donado el General San Martín, cuando era Protector del Perú, como una suerte de intuitiva previsión, en mérito a todo lo que le debía la expedición libertadora que había dado la independencia a ese país.

En un principio, O'Higgins había planeado trasladarse a Irlanda, la patria de nacimiento de su padre y de sus antepasados.

Desde El Callao, O'Higgins solicitó a las autoridades peruanas la autorización para bajar a tierra y organizar su embarque hacia Panamá.

Deseoso de pasar a Irlanda -le dice O'Higgins al embajador de Chile, don Joaquín Campino – *“a residir algún tiempo en el seno de mi familia, en uso de la licencia suprema que tengo la honra de remitir a V.S. y cuya devolución pido oportunamente, me he apresurado a venir a este puerto, persuadido de encontrar en él arbitrios más pronto y seguros para seguir mi destino por la vía Panamá, que los que ofrece por el cabo de Hornos la rigidez de la estación presente”*.

Era por entonces presidente del Perú el marqués de Torre Tagle, un discípulo de O'Higgins en los años juveniles en que ambos estudiaban en el Colegio del Príncipe, en Lima, quien muy pronto sería protagonista de muy lamentables sucesos.

En Perú, O'Higgins toma conocimiento de las difíciles circunstancias por que atravesaba la Guerra de la Independencia. Luchas intestinas entre los revolucionarios y amenazas de envíos de grandes ejércitos por parte de la Santa Alianza europea para devolver a España sus dominios americanos.

Toma contacto con varios argentinos prominentes de su especial estima, como el general Mariano Necochea, el coronel Tomás Guido y el doctor Bernardo Monteagudo, quienes de regreso a Perú, dispuestos a sumarse a la guerra emancipadora, se apresuran a comunicarse con él, desde Guayaquil.

Bolívar, triunfante en Boyacá, Carabobo y Pichincha, se aprestaba a dar el golpe definitivo para terminar con el poder hispánico en América y avanzaba hacia el Alto Perú, para el gran encuentro final.

Pasa por El Callao, donde aún se encontraba O'Higgins y en un banquete, al que asiste el ex mandatario chileno, Bolívar hace un brindis diciendo:

“Brindo por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su Ejército Libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú y por el general O'Higgins, que tan generosamente lo envió desde Chile”.

Bolívar se instala luego en Trujillo, para el gran momento de la batalla decisiva. Estaba en el apoteosis de su gloria, *“llevando el poder, la autoridad, la responsabilidad y la fuerza de cinco repúblicas en su morral”*, como diría un conocido historiador.

O'Higgins se contagia del clima bélico independentista y decide renunciar a su viaje a Irlanda y quedarse en Perú, para incorporarse a la lucha. Sobreponiéndose a la ingratitude de sus compatriotas, se puso a las órdenes del Libertador Bolívar para seguir luchando por la independencia de América y le rogó un lugar en la batalla final.

Marcha a instalarse también en Trujillo, cerca del Libertador.

En Perú, Bolívar demostró mucho afecto y respeto por la figura de O'Higgins, a quien consultaba con frecuencia, pidiéndole en algunas ocasiones que intercediera con su prestigio en el arreglo de los asuntos críticos de las relaciones del Libertador con las nuevas autoridades de Chile.

Mucho en común tenía O'Higgins con el Perú. Su padre, Ambrosio O'Higgins, Gobernador de Chile, teniente general de los reales ejércitos españoles, a quien nunca conoció, fue designado virrey del Perú en 1796, cargo que mantuvo hasta su muerte, ocurrida en 1801, a los ochenta años de edad.

Muy joven, O'Higgins debió trasladarse a Lima, donde estudió en el Colegio del Príncipe, hasta su partida hacia Europa para continuar sus estudios, en 1798.

En Europa, O'Higgins tomó contacto con Francisco de Miranda y otros americanos integrantes de las logias formadas para luchar por la independencia de Suramérica, a las cuales se incorporó. Enterado de las ideas revolucionarias de su hijo, el virrey del Perú lo desconoció como tal, aunque antes de morir, lo declaró su heredero universal.

Pero en Perú, O'Higgins no abandona el plan principal que tenía pensado llevar adelante en Irlanda.

Según O'Higgins, él se sentía parte de Irlanda, cuna de su padre y parte de Chile, cuna de su madre. Consideraba que ambas naciones tenían posibilidades de complementarse en mutuo beneficio. Irlanda tenía exceso de población y Chile necesidad de aumentar la suya. El plan de O'Higgins consistía en organizar el traslado a Chile de una considerable cantidad de familias irlandesas y asentarlas en una isla de su propiedad llamada La Laja, ubicada entre los ríos Laja y Bío-Bío, a la cual el héroe chileno había rebautizado *“Pequeña Irlanda”*.

Cuando el padre del general O'Higgins, don Ambrosio O'Higgins era Gobernador de Chile, esta isla La Laja había sido transformada en un próspero vergel, con campos de trigo, viñas, manadas de ganado y poblada por una numerosa y feliz comunidad, al decir del propio O'Higgins. Los ejércitos españoles la invadieron y arrasaron con todo lo que había en ella, considerándola un asiento del fermento revolucionario. Era pues intención de O'Higgins volverla al antiguo esplendor logrado por su padre y se conformaba con recibir de la nueva colonia irlandesa sólo una sexta parte del producido.

Este interesante plan está descrito en detalles en una carta que dirige O'Higgins al héroe inglés, sir John Doyle, la cual contiene incluso un proyecto de contrato con los colonizadores.

Paradójicamente, O'Higgins se incorporaba en el Perú a la lucha por desterrar el poder español que su padre representó como Virrey, de ese mismo país.

Uno de los primeros problemas que debió atender O'Higgins en Perú, fue la retirada de la división chilena al mando del almirante Martín George Guise. Las tropas de Chile fueron repatriadas. Exigiendo igual tratamiento y descontento por la falta de pago y de víveres, se subleva en la fortaleza del Callao parte de la guarnición argentina, allí apostada. Los prisioneros españoles aprovechan la oportunidad y se apoderan de la fortaleza, izando el pabellón ibérico.

Bolívar debía enfrentar cuatro focos de lucha contra los españoles.

Por un lado, el Ejército Español al mando del ex Virrey La Serna y el General Canterac.

Por otro lado, las fuerzas españolas del Alto Perú, al mando del general Olañeta, a quien el rey Fernando VII había nombrado Virrey del Río de la Plata que incluía, por supuesto, el territorio del Alto Perú, en un esfuerzo por reforzar la posición monárquica de este General, frente a la liberal de La Serna y Canterac.

El General Olañeta fue así realmente el último virrey del Río de la Plata, nombrado por el Rey.

Por último, estaban en manos españolas las fortalezas del Callao y de la isla de Chiloé, en Chile, a donde podrían llegar refuerzos desde Europa.

Estas circunstancias obligan a Bolívar a cambiar el gobierno republicano del Perú por una Dictadura Suprema, asumiendo todo el poder político y militar.

El Libertador recurre a O'Higgins a fin de solicitarle logre un mayor apoyo del gobierno de Chile en la lucha, aprovechando el prestigio que le atribuye en su país.

Desde Pativilca, con fecha 25 de febrero de 1824, le escribe una nota conteniendo estos párrafos:

“Me escriben todos de allá que Vd. tiene mejor opinión que antes y que la mayor parte del Congreso le estima. Como yo se que Vd. no repara en sacrificios por la Patria, me atrevo a pensar que Vd. no desdeñará el ir a su país a solicitar todos los auxilios que nos faltan en el Perú, los que sólo Vd. llegaría a lograr por la influencia poderosa de los amigos de Vd. y de su propio carácter”. . . .

“De Buenos Aires hay poco que esperar y así, entre Chile y Colombia, debemos hacerlo todo. Según se dice, en Chile no hay mucha gana de auxiliar al Perú por razones que, sin

duda, deben de ser justas; pero que yo quisiera que se mirasen bajo el aspecto más favorable a la causa general de la América”.

Por razones fáciles de entender, O’Higgins no se trasladó a Chile. Sin embargo, realizó muchos esfuerzos por convencer a sus amigos y hasta al propio general Ramón Freire, su enemigo, para que se hagan todos los esfuerzos posibles por recuperar la isla de Chiloé y sustraerla del dominio español.

En carta a Bolívar, desde Trujillo, O’Higgins describe el estado calamitoso en que se encuentra Chile, sumergido en guerras de facciones, a fin de justificar la razón de no cumplir con el pedido del Libertador de viajar a Chile en busca de auxilio para la guerra.

Le decía O’Higgins a Bolívar:

“En semejante estado, mi aparición repentina en aquel país, bajo de cualquier carácter, alarmaría las pretensiones de los demagogos y el temor a las venganzas los precipitaría a la violencia y se decidirían por la guerra civil. Ceder al imperio de las circunstancias, creo que por ahora es lo menos malo y el mismo orden de los sucesos señalará muy pronto la marcha que se haya de seguir”.

Es también muy posible que O’Higgins no deseara abandonar el Perú, por no renunciar a sus sueños de participar en las decisivas batallas por la independencia que se avecinaban.

Y en la misma carta a Bolívar, antes mencionada, le expresa que ve acercarse el momento decisivo de la batalla final por la independencia de América y su deseo de participar en ella.

“Yo reitero mi propósito de acompañarle y servirle, bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa”

Por fin, el general Simón Bolívar responde afirmativamente a las súplicas de O’Higgins de participar en la batalla decisiva de la guerra por la independencia, lo cual le expresa con estas conmovedoras palabras, en una nota fechada en Huáraz, el 14 de junio de 1824:

“Un bravo general como Vd., temido de los enemigos y experimentado entre nuestros oficiales y jefes, no puede menos que dar nuevo grado de precio a nuestro ejército. Por mi parte, ofrezco a Vd. un mando en él, si no correspondiente al mérito y situación de Vd., a lo menos propio a distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de Vd. debe contar con la victoria. Así, mi querido general y amigo, yo insto a Vd. para que acepte mi convite, siempre que la situación física y moral de Vd. puedan permitirle este sacrificio”.

O’Higgins recibió alborozadamente esta noticia que colmaba sus mayores deseos.

Desde Trujillo le escribe a Bolívar, expresándole que muy gustoso aceptaba cualquier destino en que se lo considerase de utilidad.

Agregaba, además, O'Higgins en su nota a Bolívar:

“¿Qué consideración tan lisonjera es a un soldado araucano ser invitado a las filas de sus bravos hermanos de Colombia!”

“Ya me complazco en la esperanza que el compañero de armas que V. les ha señalado, sabrá hacerse digno de esta distinción”.

No obstante, Bolívar no le asignó ningún comando a O'Higgins para la batalla de Ayacucho. Muchas especulaciones se hacen al respecto. Algunos historiadores atribuyen esta actitud de Bolívar al temor de que el gobierno de Chile, cuya ayuda tanto necesitaba, pudiese molestarse por el otorgamiento a O'Higgins de una importante oportunidad de acumular mayores prestigios en una batalla tan decisiva y se convirtiese nuevamente en el árbitro de la política chilena.

Otras versiones asignan alguna razón al mal estado de salud del general O'Higgins, así como a la demora de más de dos meses que debió soportar O'Higgins en presentarse en el cuartel general para asumir sus responsabilidades militares, debido a las dificultades que presentaban la mala condición de los caminos, así como la obtención de los animales y equipos necesarios.

O'Higgins lamentó mucho no poder participar de la batalla de Ayacucho. Pero su honrado patriotismo lo llevo a mantener una leal colaboración con el general Bolívar.

Sin embargo, consideró que su actividad militar estaba terminada. Así deseó patentizárselo a Bolívar acudiendo al banquete celebrado en Lima para festejar el triunfo de Ayacucho, vistiendo ropas civiles, en lugar del uniforme de mariscal que hasta ese momento no había abandonado nunca.

- *“¿Qué significa esa vestimenta?”*, le interrogó sorprendido el Libertador.

- *“Señor, le contestó O'Higgins, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe. Soy sólo el ciudadano particular Bernardo O Higgins. Después de Ayacucho, mi misión americana está concluida”.*

A partir de entonces, O Higgins se instaló en su hacienda de Montalván, acompañado por su madre y su hermana, haciendo grandes esfuerzos por volverla productiva ya que, dada su situación de extrema pobreza, de ello dependían sus posibilidades para sobrevivir.

Como dice su biógrafo Fernando Campos Harriet.

Era Capitán General del ejército de Chile, Brigadier de los Ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata y Gran Mariscal del Perú; pero no recibía un centavo por tales cargos, que sólo le significaban pomposos títulos.

La hacienda de Montalván estaba dedicada al cultivo de caña dulce y la fabricación de azúcar. Estaba dividida en varios cuarteles que recibieron distintas denominaciones. Una de ellas era San Martín.

Aún desde su retiro campestre, siguió O'Higgins con interés todos los sucesos de su Patria cuyas novedades transmitía a Bolívar, no bien las recibía. Al poco tiempo de su partida de Chile, la situación de ese país se anarquizó y se sucedieron continuos enfrentamientos internos.

Durante los 20 años de exilio de O'Higgins en Perú, se sucedieron en Chile 19 gobiernos.

Muchas veces sus amigos le pidieron que regresara por considerarlo el único capaz de poner orden y restablecer la justicia y el bienestar, a lo cual se negó siempre.

Así como San Martín no quiso ser el Rosas argentino, O'Higgins no quiso ser el Rosas chileno.

Luego del triunfo de Ayacucho, Bolívar se dedicó a la recuperación de las fortalezas del Callao, en manos de los españoles, lo cual consiguió. Quedaba aún por recuperar la fortaleza de Chiloé. Ante las indecisiones del gobierno de Chile, Bolívar planeó una expedición del ejército de Colombia para que realizara esta operación, en colaboración con las fuerzas chilenas. Nuevamente recurrió el Libertador al General O'Higgins y le propuso ponerse al frente de la expedición a Chiloé.

Éste aceptó el convite y le escribe a Bolívar:

“Cualesquiera que sean las dudas que pueda sentir en acceder a los deseos de mis compatriotas, como efectivamente las siento sobre la materia, jamás las tendré en cooperar a los justos designios de V.E.”.

No fue necesario realizar la expedición, ya que la isla de Chiloé fue recuperada por las fuerzas chilenas del general Freire.

A fines de 1825, O'Higgins alquiló una pequeña casa en Lima, para pasar allí el verano.

En 1826, siendo Rivadavia presidente de la república Argentina, se publicó en Buenos Aires un artículo en el periódico *La Gaceta Mercantil*, de conocida influencia oficialista, en el cual se hacían muy severas críticas al general O'Higgins y a su gestión al frente del gobierno de Chile, además de calumniosas acusaciones sobre su moral y su honradez.

O'Higgins, que sentía muy poco aprecio por Rivadavia, se indignó y le escribió a éste una extensa carta, haciéndolo responsable de dicha publicación.

Este hecho resulta muy lamentable para los argentinos ya que, a raíz del mismo, O'Higgins le devolvió a Rivadavia los despachos de Brigadier General de los Ejércitos de las

Provincias Unidas del Río de la Plata, que le había otorgado el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón.

Decía O'Higgins en su carta:

“Me persuado que en ninguna ocasión anterior, ni aún en Chile, he sido atacado en forma más baja o maliciosa que en la publicación a que me refiero, la que me ha indignado. Presiento que ella es obra de un partido que y tengo razones para creerlo - constituye el verdadero gobierno del que V. es la cabeza. Es, por tanto, justo y necesario que sean interrumpidas toda relación entre mi persona y un país con tal gobierno. Bajo de este principio le ruego ahora aceptar la devolución de mis despachos como Brigadier del Ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con lo que solicito sea borrado mi nombre de su lista”.

A continuación, O'Higgins le recuerda a Rivadavia los esfuerzos y sacrificios que hizo a favor de la libertad de América, así como los logros y aciertos de su gestión de gobierno, todo lo cual constituye una verdadera autobiografía del prócer chileno.

Desmiente cada uno de los cargos que se le hacen en el artículo de la *Gaceta Mercantil* y hace una interesante interpretación de la relación de la historia de Chile con la de la Argentina, desde la Revolución de Mayo de 1810, hasta el año de 1826, en que escribe su carta.

Además, en la mencionada carta, O'Higgins defiende a San Martín, con conmovedora lealtad.

“Permítaseme aquí hacer justicia a los importantes servicios prestados por el general San Martín en tan espantosa crisis”, dice O'Higgins en su carta a Rivadavia, en alusión a la situación del ejército argentino del Norte, cuando reemplazó a Belgrano en su comando los que jamás han sido tomados en cuenta como se merecen. *“Fue una suerte para Buenos Aires haber escogido a un oficial tan capacitado, de tanto juicio, prudencia y conocimientos militares, para remediar los desastres de Vilcapugio y Ayohuma. Necesita un Fabius y lo encontró en San Martín”.*

En otro párrafo de la carta, recuerda O'Higgins la conducta de San Martín en Mendoza, para con los vencidos en Rancagua, donde el jefe chileno luchó con una bravura asombrosa, logrando quebrar las líneas enemigas y salvar a una parte de su ejército.

Por su lado, el otro líder chileno, Carrera, saqueaba los tesoros públicos en Santiago y se refugiaba también en Mendoza.

Dice O'Higgins en su carta:

“De la matanza de Rancagua y el saqueo de Santiago nos trasladaremos a la apacible ciudad de Mendoza, en la cual entraron en triunfo los Carrera, llevando consigo el rico botín de sus compatriotas, mientras los sobrevivientes de Rancagua, después de indescriptibles penurias, llegaban desnudos, famélicos y sin un centavo. ¿Cuál fue la actitud que adoptó el general San Martín, entonces Gobernador de Mendoza, frente a esta penosa situación? ¿Acogió al hombre opulento y ambicioso, volviendo su espalda al pobre y maltrecho caminante? No, señor. Rechazó al traidor y ladrón de su país, abriendo los brazos al soldado fiel y caído. Esta noble conducta le ha cubierto de verdadera gloria, que los demonios de la envidia y malicia no le pongan quitar, asegurándole la eterna gratitud y amistad de quien, aunque pronto a olvidar un agravio, jamás olvida un favor”.

Estas cálidas referencias a San Martín las hacía O’Higgins a sabiendas que el destinatario de su carta era un gobernante que muy poca simpatía tenía por aquel jefe argentino.

Le recuerda también O’Higgins a Rivadavia que mientras Chile hacía esfuerzos enormes por auxiliar a San Martín en su campaña libertadora del Perú él, Rivadavia, le había enviado un emisario reclamándole el pago de \$ 1.000.000 de pesos que decía le debía Chile por los gastos ocasionados a la Argentina el Ejército de los Andes, que contribuyó a la liberación de aquel país.

“Tampoco olvidará que reí a más no poder ante tal demanda”, - dice O’Higgins –“por lo que V. jamás me perdonará. De ahí esa implacable hostilidad que V. siempre me ha demostrado, tanto fuera como dentro de su sala de tertulia”.

Esta interesante carta ocupa treinta y ocho páginas del tomo XXXI de la colección de documentos del general Bernardo O’Higgins, que el gobierno chileno tuviera la gentileza de donar a este Instituto O’Higginiano Argentino, a cuyos miembros aprovecho la oportunidad para proponer que sea reproducida en un folleto y adecuadamente difundida.

En 1838 se producen acontecimientos que alteran fuertemente la bucólica existencia de O’Higgins en el Perú.

El mariscal Santa Cruz, presidente de Bolivia, logró imponer al Perú la formación de una Federación Peruano Boliviana, transformándose también en el Protector del Perú.

El gobierno de Chile consideró que esta maniobra hacía peligrar la seguridad y tranquilidad de los países vecinos a la Federación Peruano Boliviana y reclama su disolución o la consulta previa al pueblo peruano sobre el particular. Al no recibir respuestas favorables por parte del mariscal Santa Cruz, Chile decide iniciar acciones militares en su contra.

Un primer encuentro en Paucarpata resulta favorable a Santa Cruz y el jefe chileno se ve obligado a capitular y aceptar un convenio que es repudiado y rechazado por el gobierno de Chile, que organiza un poderoso ejército poniendo a su frente al general Manuel Bulnes.

O'Higgins hace grandes esfuerzos por evitar la guerra, sin lograrlo.

Su Patria y la nación que le había otorgado generoso albergue se aprestan a dirimir por las armas litigios que podían resolverse pacíficamente.

Atribulado, busca consuelo en quien tanto estima y nunca olvida y le escribe a San Martín confiándole su pena por esta contienda que, cualquiera fuese su resultado, sería un golpe mortal para la solidaridad y la unidad del continente, por lo cual tanto habían luchado.

El poderoso ejército chileno al mando del General Bulnes desembarca en las playas de Ancón y se dirige a Lima, donde entra con fuertes muestras de hostilidad.

O'Higgins, cargado de años y de recuerdos no puede contener su deseo de encontrarse con el Ejército de su patria, al que había enseñado a luchar "*con gloria morir*".

Se dirige a Lima y allí se abraza con viejos conocidos y con los soldados de su añorado país. Todo el Ejército lo recibe con alborozo y le rinde los más honrosos homenajes.

Fue una penosa alegría para O'Higgins, ya que también sentía un entrañable cariño por el Perú, a quien le debía tantas atenciones y su decoroso ostracismo.

Luego de saborear las dulzuras del reencuentro con sus soldados, el veterano Capitán reitera sus esfuerzos por lograr una adecuada solución al conflicto. Le escribe a Santa Cruz ofreciendo su mediación, la cual es aceptada por el jefe de la Federación Peruana Boliviana.

O'Higgins comunica al general Bulnes esta novedad, pero el Jefe del Ejército chileno estaba muy presionado por el ánimo vencedor de su gobierno y de sus soldados, impulsados por el espíritu de revancha de Paucarpata. "Una especie de *Remember Paucarpata*", dice el historiador Campos Harriet.

No había otra opción para el General Bulnes que la destrucción de la Federación Peruana Boliviana.

El encuentro de ambas fuerzas se realiza en Yungay, el 20 de enero de 1839, donde el ejército chileno obtiene una rotunda victoria. La Federación de Santa Cruz quedó definitivamente desbaratada.

O'Higgins sintió un gran orgullo al recibir la noticia del triunfo de Yungay. El ejército de su patria chilena, que él había conducido, dando muestras de su heroicidad en El Roble, Rancagua, Chacabuco, Maipú, volvía a mostrar toda su épica bravura.

Con San Martín había liberado al Perú del dominio español y con Bulnes había devuelto al Perú su libertad de decidir la formación o no de una Federación con Bolivia.

Pero las alegrías para O'Higgins de ese año de 1839 se vieron muy pronto ensombrecidas por una nueva desgracia. Tres meses después de la victoria de Yungay, fallece su amada

madre, doña Isabel Riquelme. El ejército victorioso de Chile aún se encontraba en Lima y rindió conmovedores homenajes a doña Isabel. Soldados de Chile cargaron el féretro de la dama ilustre que había dado a la Patria su héroe máximo.

El General Bulnes y su Estado Mayor presidieron las exequias de la madre del insigne proscrito.

Luego de la muerte de su madre, ingresó O'Higgins en una creciente obsesión por regresar a Chile, así como en un profundo misticismo religioso.

La soledad de su empedernida soltería, a pesar de tener un hijo de nombre Demetrio, se le hacía cada vez más insoportable.

La idea de O'Higgins de regresar a Chile fue alimentada por el mismo General Bulnes, el jefe victorioso de Yungay, quien se lo había aconsejado durante su estadía en Lima. No satisfecho con ello, al regresar a Santiago el General Bulnes logró que el Senado, por unanimidad, declarara a O'Higgins reinstalado en todos sus honores y grados militares.

La hora del regreso había llegado.

Pero había para O'Higgins una dificultad, dictada por su honor y dignidad, que debía ser resuelta con anterioridad. Sus apremios económicos lo habían obligado a contraer deudas que no quería dejar impagas al retirarse del Perú. Creía que dos años de trabajos intensos en Montalván permitirían saldarlas.

Fue una decisión fatal.

A sus dolores sentimentales se sumó un rápido deterioro de su salud. Su enfermedad era mortal. Tenía lacerada la víscera que más había sufrido en su organismo, el corazón.

Se radica en Lima para ser atendido por médicos distinguidos y su hermana Rosa se hace cargo de la hacienda de Montalbán, con admirable energía.

Su salud parece reponerse y sus planes para regresar a su patria se intensifican.

Una primera partida en un vapor hacia Valparaíso, hacia fines de 1841, debe ser desechada por nuevas dolencias del corazón.

Un segundo intento, encarado por O'Higgins con angustia, ya que su salud hacía presumir su cercano fin, debió también ser desechado.

Por fin, el corazón de O'Higgins dejó de latir el 24 de octubre de 1842.

Lima le rindió honores como héroe nacional.

En Santiago, el primer homenaje a O'Higgins, luego de conocerse la noticia de su muerte, fue publicado en el diario *El Progreso* en una editorial firmada por un argentino: Domingo Faustino Sarmiento.

Recién en 1868, veintiocho años después, se resolvió la repatriación de sus restos, que llegaron a Valparaíso el 11 de enero de 1869, a bordo de la fragata *O'Higgins* y recibidos por salvas de artillería de los fuertes del puerto. El 13 de enero, en solemne ceremonia, fueron colocados en un mausoleo de Santiago.

Para terminar, algunas coincidencias emotivas:

Tanto para San Martín como para O'Higgins, el Perú fue el último escenario de sus gloriosas trayectorias libertadoras.

O'Higgins y San Martín terminaron su acción libertadora el mismo año, 1823 y comenzaron simultáneamente un exilio permanente.

Casi treinta años pasaron antes de que los restos de O'Higgins fuesen repatriados y se le rindiesen los honores y homenajes merecidos, en 1869.

Coincidentemente, treinta años pasaron también desde la muerte de San Martín en Francia, en 1850 y el traslado de sus restos a Buenos Aires, en 1880.

O'Higgins y San Martín se unieron en un mismo destino después de la muerte, como estuvieron unidos en vida en pos de un mismo sueño de libertad.

O'Higgins y San Martín nos han legado un ejemplo y un mandato al que no podemos renunciar:

“Chilenos y argentinos, hermanos para siempre”.

El archivo de los documentos del general Bernardo O Higgins, que las autoridades de la república hermana de Chile ha tenido la gentileza de donar a este Instituto O Higginiano, muestra que las primeras relaciones epistolares entre O Higgins y Bolívar datan del año 1821.

Con fecha 2 de mayo de 1821, Bolívar felicita a O Higgins por los éxitos obtenidos en el Perú por la Expedición Libertadora, chileno-argentina y le remite copia de la Constitución sancionada en Venezuela por la cual se unían las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada en una sola, denominada Gran Colombia.

O Higgins contesta con fecha 17 de agosto expresando su admiración por las sabias disposiciones incorporadas a la Constitución de la nueva república.

En Agosto de 1821, Bolívar comunica a O Higgins y a San Martín, en sendas misivas muy parecidas, su victoria en Carabobo y su deseo de unir los esfuerzos de ambos ejércitos para derrotar definitivamente al poder español en América.

Un año después, O Higgins logra la sanción de una Constitución para Chile que logra incorporar algunas de las nuevas ideas liberales de España e Inglaterra, con las cuales había regresado de Europa muy entusiasmado, pero, imitando a Bolívar, introduce también un sistema de gobierno muy autoritario.

En esa oportunidad, también Bolívar felicita a O Higgins por la sanción de la Constitución.

Chile hará muy bien decía Bolívar en su nota - si constituye un gobierno fuerte por su estructura y liberal por sus principios .

----- Original Message -----

From: [Heriberto J Auel](#)

To: 'Horacio Salduna'

Sent: Tuesday, December 09, 2003 8:24 PM

Subject: RE: Presentación de un Libro.

HORACIO QUERIDO: SI LA ESCRIBÍS TE LA PUBLICO EN LA PÁGINA WEB. ¡ÉXITOS!, UN ABRAZO, HERIBERTO. (no te olvides que tenés allí un espacio para tus trabajos)

-----Mensaje

original-----

De: Horacio Salduna [<mailto:hsalduna@ciudad.com.ar>]

Enviado el: Martes, 09 de Diciembre de 2003 12:24 p.m.

Para: Heriberto J Auel

Asunto: Re: Presentación de un Libro.

Estimado Heriberto:

Lamentablemente ese mismo día doy una conferencia en el Regimiento Patricios sobre "O'Higgins en el exilio"
Cariños, Horacio Salduna

----- Original Message -----

From: [Heriberto J Auel](mailto:hauel@fibertel.com.ar)

To: hauel@fibertel.com.ar

Sent: Tuesday, December 09, 2003 2:17 AM

Subject: RV: Presentación de un Libro.

Estimados amigos: el próximo jueves, 11 de Diciembre de 2003, a las 1830 Hs, presentaré en el Círculo de la Fuerza Aérea Argentina, (Avda Córdoba) el libro
AL SUR, SUR CON PASAPORTE ARGENTINO , cuyo autor es el Sr.
Comodoro D. EDUARDO JULIÁN CANOSA. Los esperamos. H. J. Auel Grl.